

JOSÉ MARÍA TORRALBA:

“Presumimos de sociedades
plurales que, en realidad,
cada vez lo son menos”



JAVIERA CORVALÁN
Investigadora legislativa IdeaPaís.

JOSÉ MANUEL CUADRO
Coordinador editorial IdeaPaís.

José María Torralba es catedrático de Filosofía Moral de la Universidad de Navarra. Su carrera académica se ha visto guiada por la pregunta acerca del “hombre libre”. Esta pregunta procura contestarla, sobre todo, desde la educación y el rescate de los clásicos. Sobre esto último publicó en 2022 *Una educación liberal. Elogio de los grandes libros*, (Ediciones Encuentro). Dicha obra propone caminos para hacer frente a la crisis de las humanidades, la cual, a juicio de Torralba, respondería a las lógicas de un “mundo pragmático, en el que los valores dominantes son el rendimiento y la utilidad”; pero que al mismo tiempo es un mundo también “cada vez más dogmático”, en el que existen nuevas verdades absolutas y poco espacio para el pluralismo. Explica que desde el rescate de la educación liberal se puede alcanzar verdaderamente una experiencia “liberadora”, puesto que obliga a “plantearse las grandes cuestiones de la existencia humana”.

¿Cómo definirías una “educación liberal”? Hace poco mencionaste que una de las virtudes de la educación liberal es que ella contribuye a que “tomemos distancia”. ¿En qué consiste ese tomar distancia, y por qué es valioso?

“Educación liberal” se emplea en diversos sentidos que, en mi opinión, son convergentes. En general, tienen que ver con la idea de libertad. Una de sus raíces se encuentra en Aristóteles, cuando se refiere a la educación propia del hombre libre. Luego están la tradición de las artes liberales, es decir, la formación básica de cualquier persona educada, que no se limita a conocimientos especializados o aplicados como sucede con frecuencia en la actualidad. De modo más cercano al modo en que se emplea ahora encontramos la idea de John Henry Newman. Para él, la educación liberal se distingue de una educación pragmática, es decir, orientada a la utilidad. La educación es liberal cuando tiene en su centro el cultivo del intelecto: despertar el interés por la verdad para ir en su búsqueda. Hay figuras contemporáneas como Martha Nussbaum, Zena Hitz o Roosevelt Montás que enfatizan su capacidad para cultivar la imaginación o mostrar la dedicación al saber forma parte esencial de una vida lograda.

Una de las primeras (y aún pocas) personas que han escrito en español sobre la educación liberal es Víctor Pérez-Díaz. Este sociólogo la define como el “cultivo del hábito de la distancia”. Me parece una formulación especialmente acertada. La educación

liberal habitualmente adopta la metodología de los seminarios de grandes libros, donde se leen los clásicos de la literatura y el pensamiento. Este contacto con ideas o expresiones culturales de otras épocas propicia que la persona tome distancia con respecto a su forma de vida, de modo que pueda entender por qué vive como vive y piensa como piensa.

Al terminar un curso de grandes libros en mi universidad, pregunté a los alumnos qué destacarían de lo que habían aprendido. Una alumna respondió que la lista de lecturas que habíamos seguido –de Homero a Natalia Ginzburg– le había hecho experimentar, por primera vez, otras maneras de entender la realidad. Señalaba que, a pesar de vivir en un mundo tan hiperconectado como el nuestro, tanto por internet como por las posibilidades de viajar o convivir con personas de otras culturas, al final cada uno suele vivir encerrado en su “cámara de eco”. La lectura de esas obras, junto con el diálogo en el aula, habían conseguido “descolocarla” y obligarle a plantearse las grandes cuestiones de la existencia humana que, hasta ahora, daba por supuestas. Este efecto es uno de los más característicos y beneficioso de la educación liberal. El “desajuste” o, si se prefiere, “descolocamiento” es la forma existencial de tomar distancia. Está en el origen de la reflexión personal y libre –en primera persona– a la que invita este planteamiento educativo.

¿Hay algún sentido en que ese “tomar distancia” a raíz de la educación liberal haya tenido lugar

durante otros tiempos históricos? ¿O se da principalmente hoy?

Diría que ese efecto ha estado siempre presente en esta tradición educativa, pero hoy lo percibimos de manera más clara por el contexto intelectual en el que nos encontramos. Me explico. Cuando yo era estudiante universitario, hace unos veinte años, parecía que el principal problema para la educación humanista era el relativismo. En efecto, si realmente es imposible conocer la verdad –al menos, algunas de sus formas, por básicas y modestas que sean–, la tarea educativa parece inútil. En cambio, hoy día el principal problema serían ciertas formas dogmatismos, es decir, de pensamiento único, que imponen algunas ideas como verdades absolutas que no dejan espacio para la crítica o el disenso. Lo preocupante hoy en día es el exceso de “verdades”: se presentan como dogmas incontables principios e ideas discutibles. En realidad, relativismo y dogmatismo son dos deformaciones de la verdad. Releer hoy lo que John Stuart Mill escribió en *Sobre la libertad* sobre la necesidad de que haya posturas diversas para acercarse a la verdad resulta un ejercicio muy sano. Presumimos de sociedades plurales que, en realidad, cada vez lo son menos. Su compatriota Manfred Svensson ha publicado recientemente un interesante libro sobre este tema, titulado precisamente *Pluralismo. Una alternativa a las políticas de identidad*.

En este sentido, la educación liberal es más necesaria aún que en otras épocas, porque contribuye

a relacionarse con la verdad del modo adecuado. La verdad libera y, por ello, toda genuina educación consiste en una experiencia liberadora.

Muchos hablan de una “crisis de las humanidades”. ¿Usted atribuye esa crisis a esas formas de dogmatismo actual? ¿O más bien atribuye el dogmatismo actual a la crisis de las humanidades?

En un sentido básico, las humanidades están en crisis porque vivimos en un mundo pragmático, en el que los valores dominantes son el rendimiento y la utilidad, muy alejados del cultivo del mundo interior de cada persona. También es cierto que, en los últimos diez años, ha empezado a surgir un movimiento educativo como reacción a esa situación. Así lo indica, por ejemplo, el renacer de las propuestas de educación liberal y los programas de grandes libros. En esto, Chile es uno de los ejemplos más destacados de América. Es conocido el liderazgo que la Universidad Adolfo Ibáñez ejerce en este campo. Además, hace apenas un año se celebró en la Universidad de Los Andes el I° Congreso Latinoamericano de Educación Humanista. Hay motivos para el optimismo.

También se puede achacar la crisis actual de las humanidades a esas formas de dogmatismo a las que me refería. Y lo paradójico es que tienen su origen en ciertas ideas filosóficas que se han traducido en propuestas políticas y expresiones culturales. Por ejemplo, la idea de que no hay verdades sino sólo interpretaciones o que toda estructura



Una educación liberal. Elogio de los grandes libros
 José María Torralba
 Ediciones Encuentro, 2022
 174 páginas

social oculta una forma de dominación. Sin pretender hacer un juicio global sobre lo que se conoce como filosofía posmoderna, se puede afirmar que algunos de sus planteamientos pecan de aquello mismo que critican. El pensamiento posmoderno se presenta como la desvelación de algunos engaños en los que vivíamos, fruto de la asunción acrítica de ciertos presupuestos. Lo que no siempre se reconoce es que esta corriente filosófica también depende de prejuicios. No existe el pensamiento “en el vacío”. Siempre se piensa condicionado por el contexto social y el horizonte histórico. Este principio debe aplicarse también a la filosofía posmoderna, de tal manera que podamos juzgar sus aciertos y errores. La manera de aplicarlo consistiría, precisamente, en cultivar ese “hábito de la distancia” al que me he referido.

A veces se afirma, también por parte de quienes promueven la educación liberal, que la cultura “nos hace mejores personas” o que las humanidades son necesarias para ejercer la “ciudadanía democrática”. Creo que, tomadas al pie de la letra, esas afirmaciones no son ciertas. Desde luego, la cultura nos refina, pero no asegura que una persona mejore moralmente ni que desarrolle actitudes políticas. La historia, pasada y presente, nos ofrece abundantes ejemplos. Lo que sí debería aportar una buena educación liberal es la familiaridad con la verdad: su complejidad y carácter elusivo, así como las exigencias que plantea acerca de la propia vida. El encuentro con la verdad no deja a nadie indiferente. Esta familiaridad contribuiría a desarrollar un olfato capaz de advertir las diversas formas de pensamiento ideológico, donde el criterio no es la verdad sino el poder o el afán de dominio.

Usualmente se escuchan frases como “leer cura la ignorancia” y cosas así. ¿Estamos condenando a las nuevas generaciones a la ignorancia? Por otra parte, y a raíz de la distinción que usted hacía en la pregunta anterior tengo la impresión de que lo poco que se lee hoy son libros del segundo tipo: es decir, libros con herramientas para controlar la

realidad, más que para comprenderla. ¿Tiene usted la misma impresión?

Al menos en mi país y en otros que conozco, es claro que el sistema educativo está fallando a las nuevas generaciones. Es conocida la expresión que emplea François-Xavier Bellamy: desheredados, en el sentido, de que les estamos privando de la herencia cultural y, por ello, dejando desprotegidos para enfrentarse a un mundo cada vez más complejo. La cultura no se reduce a los libros, pero es cierto que son uno de los principales vehículos de transmisión y, desde luego, de los más accesibles. Las capacidades de apreciación artística y musical (tan necesarias, o más, que el hábito lector) requieren mucho más tiempo y personal especializado para desarrollarlas.

Diría que la lectura es el camino para salir de la ignorancia. A la vez como bien indica en su pregunta, no sirve cualquier tipo de lectura. Los grandes libros, o clásicos, que pueden ser tanto antiguos como modernos o contemporáneos, se caracterizan -entre otros aspectos- por no ser moralizantes. Con excepción de las fábulas, los autores clásicos no tienen como objetivo principal “transmitir un mensaje”, sino expresar lo humano en sus diversas formas. En esto se distinguen claramente de la literatura escolar para adolescentes, que puede cumplir una función en determinados contextos, pero no tienen el efecto educativo que he mencionado. La lectura de los clásicos es, ante todo, una experiencia liberadora: nos descolocan, abriéndonos nuevas perspectivas sobre la realidad, y obligándonos a tomar postura acerca de ciertos asuntos. Son libros que nos ayudan a comprender más profundamente lo humano, abriendo una conversación, pues no imponen una única conclusión. A la vez, hacen al lector consciente de la necesidad de encontrar respuestas a los interrogantes que originan y, por tanto, de orientarse hacia la verdad. La grandeza de la educación liberal consiste en ofrecernos la posibilidad de participar en ese baile entre la libertad y la verdad.

¿Cree usted que los ideales democráticos como la igualdad, la horizontalidad, etc., han permeado el espacio universitario, las salas de clase y las relaciones entre profesor y alumno? ¿Qué consecuencias -positivas o negativas- ha tenido esto?

Nuestras sociedades democráticas se basan en los valores de la igualdad y la libertad. Considero que su desarrollo y consolidación en los últimos dos siglos ha sido uno de los grandes avances de la humanidad. Por desgracia, hoy en día asistimos una crisis del modelo democrático. En parte, se debe a la hipertrofia del valor de la igualdad, que ha transmutado en igualitarismo. Esto se advierte de modo particular en el ámbito educativo. La educación es, por naturaleza, un espacio aristocrático. No en el sentido de privilegios económicos o de clase social, sino de conocimiento. En educación resulta básica la distinción entre saber y no saber, así como la jerarquía entre quien sabe (de entrada, y de modo preeminente, el profesor) y quien no sabe (de entrada, los alumnos).

Desde luego, la igualdad exige que todo el mundo tenga las mismas oportunidades tanto en el acceso como en la formación que se ofrece en los centros educativos. A la vez, no se pueden negar las diferencias existentes entre los alumnos, ya sea por condiciones naturales (el tan discutido ahora coeficiente intelectual), sociales (el contexto familiar o económico) o resultado del esfuerzo personal. Es más, diría que la existencia de élites (en el sentido de los más capacitados, que no se identifican con los pertenecientes a la clase social alta) resulta beneficiosa para la sociedad. Lo que necesitamos es que quienes pertenecen a esas élites no se consideren privilegiados ni acreedores de más derechos, sino -al contrario- en una posición de una especial deuda y responsabilidad para con la sociedad. Precisamente porque se encuentran en condiciones de aportar más, tienen mayor obligación de hacerlo. Es la idea tan conocida de Ortega y Gasset sobre las minorías, que ofrece un freno a lo que él llama “hiperdemocracia”.

La universalización del acceso a la educación básica y el aumento exponencial de quienes acceden a la universidad son un claro signo de progreso. La mayor riqueza de una sociedad es el saber. Por eso, lo decisivo ahora es no malograr la formación que se ofrece a los jóvenes con planteamientos igualitaristas. Conviene mantener el principio de jerarquía del saber y cultivar en los estudiantes la conciencia de responsabilidad hacia la sociedad: a quien más tiene, más se debe exigir. En mi opinión, este es el camino efectivo hacia la igual real.

Lo que usted señala me hizo recordar algunas tesis de Daniel Mansuy, plasmadas en su libro “Enseñar entre iguales”. Él, junto con suscribir todo lo dicho por usted a raíz de la pregunta anterior, concede de todos modos un punto a los precursores de la pedagogía moderna. Dice lo siguiente: “La pedagogía moderna tiene motivos para sospechar, pues pocos vínculos humanos son tan profundos.

44

El profesor representa algo que lo excede y que no se agota en él: en el centro no está la persona, sino aquello que se busca entregar. El profesor hace sentir el vacío, muestra la carencia y orienta la tensión, pero no llena ni podría llenar él mismo ese vacío sin convertirse en un manipulador, pervertiendo su misión”. ¿Usted está de acuerdo con Mansuy en este punto? ¿Qué sugerencia le daría a un profesor que quiere encontrar ese delicado equilibrio que le permita no caer ni en el igualitarismo profesor-alumno ni en la transgresión de la conciencia del alumno?

Hace no mucho tiempo impartí una sesión a los jóvenes profesores que se incorporaban a mi universidad. Insistí en que la educación no se puede reducir a los contenidos técnicos e intelectuales, sino que debe incluir el desarrollo personal –y cívico, si se desea–. Lo queramos o no, al educar siempre nos dirigimos a la persona entera. Al terminar, me plantearon: ¿realmente se puede aprender a educar de esa manera? La pregunta me hizo pensar. Si volviera a dar la sesión, empezaría

“El cristianismo burgués es un cristianismo egoísta. El problema es que olvida que la fe, si es sincera, necesariamente se manifiesta en la vida social (familia, comunidad, país). La religión lleva a preguntarse cómo contribuir al bien común y cómo configurar la sociedad según la ley de la caridad. El tesoro de la fe se agosta si no se comparte.”

diciendo que, propiamente, nadie puede sentirse capacitado para educar. Se trata de una tarea que sobrepasa las capacidades de cualquier persona humana. George Steiner asimilaba la profesión docente al ministerio religioso. En ambos casos, se accede -por así decir- al santuario de la persona, a su alma o corazón. Es una gran responsabilidad en la que uno sólo ejerce de intermediario, creando las condiciones necesarias para que fructifique la semilla plantada.

La enseñanza se basa en una relación personal entre profesor y alumno, con el fin de que este crezca, personal e intelectualmente. En *Las pequeñas virtudes*, Natalia Ginzburg asimila la educación al crecimiento de una planta. Es necesario dejarle un espacio, no ahogarla ni atosigarla. Al educador corresponde abonar la tierra, asegurarse de que se airea y recibe el sol necesario; pero no puede estirar de ella para que crezca más rápido ni par que lo haga como él desearía. Me parece que estas ideas están la misma línea que las de Daniel Mansuy, que me parecen muy acertadas.

¿Cómo llegamos a lo que tú has definido recientemente como “cristianismo burgués”? ¿Cuáles son sus paradigmas, y qué consejo darías hoy a un cristiano que quiere tomarse en serio su fe?

La etiqueta “cristianismo burgués” intenta poner nombre a un modo deformado de entender la religión que está extendido en ciertos países, como el mío y otros de cultura similar. Burgués no se emplea ahí en su sentido ordinario de una determinada clase social. Se refiere a una mentalidad: la de quien tiene como principio máximo de su vida la búsqueda de seguridad y estabilidad. Esta visión choca con el fuerte sentido de misión que hay en el cristianismo, donde lo que prima no es la estabilidad, sino el compromiso que lleva a arriesgar; ni la seguridad, sino el desprendimiento y la confianza en la providencia. Se trata de algo que ya había diagnosticado Benedicto XVI en *Spe Salvi* cuando criticó las formas “individualistas” de vivir la fe,

que pueden llevar al egoísmo de pensar que la vida cristiana se reduce a la preocupación por salvar la propia alma. Como si la religiosidad fuera una cuestión exclusivamente privada. El cristianismo burgués es un cristianismo egoísta. El problema es que olvida que la fe, si es sincera, necesariamente se manifiesta en la vida social (familia, comunidad, país). La religión lleva a preguntarse cómo contribuir al bien común y cómo configurar la sociedad según la ley de la caridad. El tesoro de la fe se agota si no se comparte. Un analista social de mi país, Pedro Herrero, resume esta idea con la fórmula “quien cree, crea”. Si la fe es auténtica, transforma la realidad: a través de la familia, la cultura, la economía y la política. Crea soluciones para los retos sociales. En cambio, una fe burguesa es una inerte, no crea nada.

En países de mayoría católica resulta paradójico que, actualmente, se perciba muy poco la influencia de los valores religiosos en la esfera pública. Una influencia no dirigida a dominar o imponer una determinada visión de las cosas, sino al bello deseo de compartir el tesoro de la fe, cuya luz puede ser beneficiosa para todos, con independencia de sus creencias. Quizá la razón por la que la fe no consigue irradiar esa luz sea la extensión del cristianismo burgués. Ante problemas sociales como la pobreza, el acceso a la vivienda, la cohesión social o la desestructuración de la familia, ¿dónde está la aportación cristiana?.

